

Rogelio Salmona ¿arquitecto o poeta?

Claudia Arbeláez Piedrahíta

Este año Rogelio Salmona fue galardonado con el reconocimiento ARPAFIL, que en el marco de la feria del libro de Guadalajara se entrega anualmente y desde 1995 a un profesional cuyo trabajo artístico y trayectoria hayan contribuido a engrandecer el patrimonio mundial. No alcanzó a recibirlo. Salmona murió, pero su legado continúa hablando de un hombre que consideró la arquitectura un pretexto para llegar a la poesía. Y es que solo desde esa óptica es posible entender la aventura que significa recorrer sus espacios, descubrir las tonalidades de sus materiales o reverenciar el paisaje que se cuele por cada una de sus obras.

Nació en París en 1929, pero muy rápidamente sus padres lo trasladaron a Colombia, país que va ha considerar desde entonces su lugar en el mundo. En 1945 empezó sus estudios de arquitectura en la Universidad Nacional, sede Bogotá, pero los disturbios políticos lo obligaron a partir a su natal París. En 1948 se vinculó al taller de Le Corbusier, donde se nutrió de los postulados de la modernidad y empezó la búsqueda de su propio concepto del espacio, a través de un estudio meticuloso de toda la cultura. Libreta en mano, recorrió desde España hasta África dibujando de manera frenética todo lo que le interesaba. Una experiencia que posteriormente reconoció como responsable de su formación visual. Pero fue una visita al Museo del Hombre, en París, lo que le reveló la que sería su mayor pasión: las culturas prehispánicas.

Regresó a Colombia en 1958 para continuar en la búsqueda de lo local, de su propia realidad. Estudió las culturas precolombinas

e intensificó su saber sobre aquellas que desde México hasta Perú ya lo habían deslumbrado. Él sabía que construir era conocer la historia y reconocer la influencia del pasado; por eso, jamás negó los rastros que en su obra se adivinan de la arquitectura griega, por la que sintió profunda admiración y de la que tomó el gusto por los emplazamientos volcados al paisaje. Luego pasó por la arquitectura islámica, de la que incorporó la musicalidad del agua a través del uso de canales. Tampoco dejó de lado la arquitectura moderna, de la que aprendió el manejo magistral de los volúmenes y de la luz. Por último, no se puede obviar el impacto que las culturas prehispánicas tuvieron en su obra. De estas adoptó la dinámica espacial entre el espacio cerrado (privado) y el espacio abierto (público), razón por la cual el patio como lugar para el encuentro se convierte en el centro neurálgico a partir del cual se desarrollan muchos de sus proyectos.

Igualmente trasgresora, como su concepción espacial, fue la utilización del ladrillo. Un material históricamente empleado en Colombia por la arquitectura popular, y que halló en la creación de Salmona la forma de preservar, revitalizar y enriquecer la formalización tradicional. Así fue como Bogotá pasó de ser una ciudad gris a ser una ciudad matizada de tonos ladrillo. Pero si de color se trata, todos entran en sus proyectos. El acontecimiento arquitectónico en Salmona depende del azul del cielo o del mar, del verde de la enredadera y de las montañas, del reflejo de un rayo de luz sobre la fuente o incluso de las flores que se derraman sobre el piso.

Todo lo anterior explica el respeto y el cuidado por el lugar de implantación de la arquitectura en el paisaje. Solo en la simbiosis entre la geografía y la historia del lugar, la arquitectura y la naturaleza, se halla el secreto de un emplazamiento digno que pueda transformar sin agredir. De ahí el gusto por acoger el horizonte y las montañas lejanas o incluir el jardín, tópico en el que también fue un experto conocedor de las especies típicas de cada región. Aunque cada proyecto tiene su magia, todos poseen el encanto que produce un espacio sorpresivo. Espacios imposibles de predecir, porque cada recorrido se encuentra colmado de fragancias, texturas, sonidos y silencios, luminosidad, penumbra y colores que cambian con la hora del día y el clima o la región.

Rogelio Salmona continúa vivo, lo testimonian las numerosas obras que a lo largo del país hablan de un hombre que logró transformar el significado de construir, habitar y morar en Colombia. Y aunque en una entrevista dijo: “No me atrevo a enseñar. Siento que me estoy equivocando. No sé cómo se enseña la poesía. El diseño es una poética. ¿Cómo transmitirlo?”,¹ sus proyectos han sido y continuarán siendo paradigmáticos para aquellos arquitectos que sepan leer la poesía en las Torres del Parque, el Archivo General de la Nación, el Complejo habitacional Nueva Santa Fe, la Casa de Huéspedes Ilustres, el Museo Quimbaya, la Biblioteca Virgilio Barco, el Centro Cultural Moravia, el Centro Cultural Gabriel García Márquez y todas sus demás obras.

Notas

1 www.eltiempo.com/cultura/2007-10-04/ARTICULO-WEB-NOTA_INTERIOR-3751639.html

Brillo sobre el pavimento

Carmen Piedrahíta Vélez

La polémica que ha despertado un elemento urbano construido en una vía importante de la ciudad de Medellín —la Avenida Oriental— es interesante porque se percibe el desconcierto y la desorientación por la estética de la propuesta. Básicamente consiste en un enorme cordón, constituido por una serie de pirámides intercaladas, forradas con pequeños baldosines de color, ubicadas en medio de la vía con el fin de obligar a los transeúntes a cruzar por los lugares seguros.

“Las Pirámides”, como se las conoce comúnmente, se encuentran en medio de una vía que circunda el centro de la ciudad. Atrás

quedan en el tiempo los motivos por los cuales se hizo la avenida, cuya historia insulsa es semejante a las de tantas ciudades en desarrollo que, por la necesidad de resolver con rapidez problemas de transporte y de desorden, trazan de un golpe —o de “un sablazo” como en la conquista española— una gran avenida que ahoga el centro y atrofia la comunicación con los barrios aledaños. La vía separa en vez de unir.

El ambiente que rodea Las Pirámides es gris. Son grises la vía, su función y el paisaje urbano que se desarticuló. El trazo repentino e improvisado dejó fachadas truncas, lotes partidos, muros medianeros que de un día para otro se convirtieron en fachadas. Hoy revelan, como dijo algún escritor, “Los intestinos mal maquillados después de varias décadas de existencia”.

Una vez comprendido el contexto de Las Pirámides, analicemos los elementos básicos que las componen y que han generado las mayores críticas: los baldosines y la forma piramidal.

Para muchos el material de acabado, el baldosín, se asocia con “baño”, cañerías, hospitales o aseo sanitario. Pero, si dejamos a un lado estas ideas, podemos mejor recordar las bondades del baldosín, como, por ejemplo, que es una herencia que recibimos de los españoles y estos a su vez de los árabes. Que es un material cuyo origen tiene implícita la idea de color, cristal, brillo y reflejos de sol. Que como en el arte islámico, la disposición de los baldosines no contiene ninguna figuración, está conformada por la continuidad y carácter repetitivo de sus elementos.

Así mismo, las formas piramidales amplían el espacio visual de los elementos, muestran diversos planos a la vez; llevan a una tercera dimensión lo que pudo haber sido un simple sardinel, un plano en el piso.

La nueva propuesta es una línea continua conformada por colores fragmentados; un elemento urbano que está en el umbral de la escultura. Los comentarios negativos sobre Las Pirámides no son muy convincentes y generan a su vez preguntas como: que son feas ¿porque son inesperadas?, que hubiera sido mejor poner una malla ¿eléctrica?, dejar la zona como estaba, como “zona verde”, ¿cómo puede ser verde el pantano que esto era?, kitch ¿traduce que es de mal gusto?, fuera de contexto ¿porque contiene color en un medio urbano gris? Y así escuchamos un sinnúmero de comentarios al respecto.

Es claro que Las Pirámides no son una escultura, no son arte, pero su forma y colorido nos pueden hacer pensar en flores geometrizadas, en la iguana de Gaudí multiplicada miles de veces, los puestos de ventas de frutas o, por un instante, volver a ver los mosaicos de una clínica aledaña a la avenida y recordar que fueron elementos que trabajaron con maestría los modernistas brasileños o los muralistas mexicanos. Por